

güísticas, relativas a las obras estudiadas; la importancia de la relación entre Literatura e Historia (hechos históricos como condicionantes de las obras literarias y éstas como fuentes para el conocimiento de los primeros) o la necesidad de matizar grandes clasificaciones tradicionales gracias a análisis más minuciosos. Un volumen, en definitiva, de gran utilidad.

Universidad Complutense de Madrid

J. David CASTRO DE CASTRO
dcastro@filol.ucm.es

ALBERTO ALONSO GUARDO, *Los pronósticos médicos en la medicina medieval: El 'Tractatus de Crisi et Diebus Creticis' de Bernardo de Gordonio*, Universidad de Valladolid, Secretariado de Publicaciones e Intercambio editorial (Serie: Lingüística y Filología 54), Valladolid 2003, 514 p. ISBN: 84-8448-233-2.

En este volumen A. Alonso Guardo presenta la primera edición crítica de un texto elaborado a finales del siglo XIII por un importante miembro de la Escuela de Medicina de Montpellier, Bernardo de Gordonio. Además de asumir la tarea de edición, afronta el reto de la traducción de una obra que refleja una concepción del mundo, de la Medicina y del hombre completamente distinta a la nuestra y, por tanto, se expresa con una terminología técnica no siempre fácil de presentar al lector moderno. En la intención del autor, la traducción del texto «era indispensable para facilitar su acceso a un público más amplio, como los historiadores de la Medicina, los historiadores de la Ciencia y los medievalistas» (p. 9), lo cual nos habla de que, más allá de la estricta Filología Latina y sus objetivos, la labor de editar y traducir, como en este caso un texto médico medieval, es una tarea que puede interesar a especialistas en otros campos del saber, en principio alejados y diversos. Ambas 'primicias' comportan no pocas dificultades.

El volumen se estructura en seis partes y un prólogo, en las que da cuenta de aspectos necesarios para conocer el contexto cultural, al autor del tratado (I. El autor y su entorno cultural), las características de la obra, tanto de contenido como lingüísticas (II. El *Tractatus de Crisi et De Diebus Creticis*: una obra científico-didáctica), los aspectos estrictamente técnicos de la edición crítica (III. Tradición textual), la propia edición y traducción (IV. Edición crítica, traducción y notas), además de un glosario e índices (V. Glosario e índices) y una notable bibliografía organizada por temas (VI. Bibliografía).

Con estas partes y esta estructuración vemos cómo el autor se inserta en la más pura tradición de la Filología Latina sin que por ello olvide, como mencionábamos antes, que la utilidad de su trabajo trasciende los límites de nuestra disciplina.

Para llegar a la comprensión cabal del texto que se ofrece, A. Alonso Guardo recorre de forma somera los momentos y características más destacables (origen de los estudios médicos, estructuración y contenidos de los mismos) de la *Ciuitas Hippocratica* en que se convierte Montpellier en el siglo XIII, centro en el que se desarrolla la actividad profesional y docente del, al parecer, provenzal Bernardo de Gordonio, quien, junto a Arnaldo de Vilanova, ocupa un puesto preeminente en esta escuela de Medicina. Casi contraviniendo su fama, de la vida de Bernardo de Gordonio se sabe poco —elemento este que se ha explicado en virtud de la actitud crítica e independiente que Bernardo mantuvo siempre respecto a los colegas y las prácticas de la época— y en este punto, así como en el relativo a la producción científica del médico medieval, el autor de la edición

reconoce su deuda con el estudio clásico de L. E. Demaitre¹, del que quizá sólo le separa la opción por el ‘apellido’ de *Gordonio* que tiene el médico medieval. La reseña de la producción científica del médico medieval, cuyo estado actual de estudio o edición ocasionalmente revisa (pp. 21-26) y la revisión de las obras que suelen atribuírsele (pp. 26-28) nos explican las razones de que sea considerado una de las grandes figuras de la medicina de su tiempo; su obra más conocida, el libro de medicina práctica titulado *Practica dicta Lilium Medicine* acabó convertido en libro de texto tanto en Montpellier como, por ejemplo, en la Universidad de Viena.

El siguiente paso que da el editor es centrarse en el texto y, en primera instancia, explica las razones de su opción por uno de los dos títulos con que la obra se ha transmitido, a saber *Tractatus supra prognostica* y *Tractatus de crisi et de diebus criticis*; prefiere el segundo «ya que refleja la teoría médica clave del tratado, sobre la cual se basa el pronóstico» (p. 31), si bien podemos observar cómo en el título castellano del volumen recoge ambas denominaciones.

Como el texto latino editado y traducido se centra en el pronóstico de la enfermedad y en las teorías que lo sustentan, antes de describir el contenido del tratado, nos ofrece una aproximación a algunos de estos conceptos claves, como son el propio pronóstico y cómo se realiza y el concepto de enfermedad y cómo se produce. El editor destaca de este tratado «su brevedad, su claridad y su sistematización. Reflejo de estas características es la estructura que presenta» (p. 37), como a continuación pasa a señalar. Al analizar la estructura y el contenido de las cinco partes en que se divide el tratado médico que se edita, Alonso Guardo va desgranando los contenidos claves, de los que queremos destacar la exposición sobre la fiebre (pp. 41-45) —uno de los conceptos que más polémica genera en la medicina de los siglos XIII y XIV— y los días críticos (pp. 51-56), teoría ya enunciada en el *Corpus Hippocraticum* y que llega a la posteridad esencialmente gracias a la sistematización galénica.

El resto del estudio al que se somete el texto medieval se centra en las fuentes empleadas, que, en consonancia con lo anteriormente expuesto y con la implicación de la escuela de Montpellier en la difusión del ‘nuevo Galeno’, son principalmente el *Corpus Hippocraticum* y, sobre todo, Galeno [«no hay duda de que Galeno es la autoridad más importante para Bernardo de Gordonio en toda su producción y nuestra obra no es una excepción» (p. 58)] al que sigue fielmente en muchos aspectos, especialmente en la doctrina de la crisis y los días críticos. Si bien, no son sólo estos los textos que Bernardo conoce y utiliza en la elaboración de este tratado, como señala el editor. Completa el estudio de la obra latina un breve apartado sobre la lengua y el estilo del texto latino que debe entenderse y, por lo tanto, valorarse teniendo en cuenta las condiciones particulares que lo definen: que es un texto técnico y, además, tiene una intención claramente didáctica; que se genera en el ambiente de la escolástica y que, finalmente, el autor deja entrever cierta influencia de la lengua vulgar. El breve recorrido por las notas más destacadas del estilo y los rasgos de lengua (en su vertiente gráfico-fonética, morfológica, uso de casos y preposiciones, uso de *hic, iste, ille, is, idem, ipse*, los usos de los verbos y las formas de la subordinación y determinados aspectos léxicos) le llevan a concluir que estamos ante un producto de su tiempo y de su ambiente: «la lengua técnica médica que se advierte en este tratado de Bernardo de Gordonio es la habitual en la Universidad de Montpellier entre los siglos XIII-XIV dentro del marco de la enseñanza de la Medicina escolástica» (p. 72).

¹ L. E. DEMAITRE, *Doctor Bernard de Gordon: Professor and Practitioner*, Toronto 1980.

Del cuidado con el que se ha hecho esta edición y de las dificultades de la misma puede uno hacerse la idea simplemente valorando que el editor de este tratado ha ampliado a cincuenta y nueve el número de manuscritos conocidos que contienen la obra, frente a los veinticinco señalados por L. Demaitre. La opción, como Alonso Guardo expone, es colacionar y usar para la edición algunos de esos manuscritos, quince, en concreto, de los que ofrece una descripción más extensa y detallada; otro grupo, formado por cinco manuscritos, no es colacionado, pero sí utilizado para consultar algún aspecto que planteaba dificultad y de ellos ofrece una descripción algo más breve; algunos manuscritos no han sido consultados, bien porque contienen la obra de forma fragmentaria o porque han sido inaccesibles, y este es un amplio conjunto de treinta y nueve manuscritos, o bien se trata de un manuscrito que contiene un texto falsamente atribuido a Bernardo, de estos cuarenta manuscritos ofrece unas referencias mínimas. De la misma forma que amplía el número de manuscritos conocidos, también amplía el número de ediciones: añade tres a las reseñadas por L. Demaitre, sumando así un total de diez, de las cuales utiliza tres para la edición; asimismo, hace una breve mención de las traducciones de la obra al castellano. Llama la atención Alonso Guardo sobre lo unitario de la tradición textual, aunque las variantes son significativas, y la razón la encuentra en el contenido y carácter del tratado; al recoger signos pronosticadores que sirven para reconocer, diagnosticar y tratar enfermedades, la copia –propone el editor– «debió de hacerse con cierto cuidado» (p. 95) ante las funestas consecuencias de un error en la misma, pues de estos pronósticos «depende la vida o la muerte de un enfermo y, en consecuencia, la reputación y sustento tanto del médico como del profesor de medicina» (*ibid.*). Estas mismas circunstancias son la que explican que la mayor parte de las variantes se concentren en la segunda parte del tratado médico, que corresponde al campo de la Filosofía Natural.

Con todo este material, seleccionado en la forma antedicha, trabaja para el establecimiento de la edición crítica; distingue dos familias de manuscritos; a una de ellas, que denomina *classis* y [=ATVKCSRMP], la considera más fiable, desde el punto de vista crítico, que la *classis* z [=GJUBONg]. Sin embargo, señala que, «cuando se nos ha presentado la duda entre la lectura de y y la de z, hemos sopesado ambas, escogiendo la que hemos considerado más apropiada sin dejarnos llevar por la comodidad de la lectura *facilior*» (p. 107). Esta amplitud de testimonios le lleva a establecer criterios selectivos para la elaboración de un aparato crítico que, salvo excepciones, presenta una disposición negativa.

Como toda la tradición manuscrita recoge la estructura de la obra (cinco partes a su vez subdivididas en capítulos) y, por lo tanto, no hay dudas de su autenticidad, el editor del tratado la mantiene, si bien en esta introducción da cuenta de algunas variaciones que, particularmente las ediciones, presentan en la denominación de ciertos capítulos.

Por lo demás, el editor siguiendo los principios expuestos por G. Polara y F. Bertini² se decanta por una «arbitrariedad coherente» basada en la crítica interna para determinar la grafía y la puntuación del texto, aunque unas líneas después señala que «tanto la puntuación como las mayúsculas son nuestras, intentando con ello facilitar, en lo posible, la lectura del tratado por parte del lector moderno» (p. 109). También explica las razones que le llevan a no presentar en la edición el aparato de fuentes.

² G. POLARA, «Problemi di ortografia e di interpunzione nei testi latini di età carolini». F. BERTINI, «Recenti edizioni di testi latini del XII secolo: esperienze e polemiche», ambos en Maierù (ed.), *Grafia e interpunzione del latino nel medioevo*, Roma 1987, pp. 31-52 y 103-112 respectivamente.

El amplio tratado que se edita, acompañado de la traducción y de las notas, ocupa la mayor parte de este volumen (pp. 111-450), lo que contrasta con la relativa brevedad de la introducción en su conjunto. Dada la amplitud del texto y la forma en que a él se remite desde los índices y el glosario (tratado, capítulo, línea), echamos de menos una ayuda tipográfica para identificar las partes y que, por ejemplo en el encabezado, podamos encontrar señalada la parte del texto en que nos encontramos; evidentemente esto no es responsabilidad del editor.

La lectura continuada del tratado médico revela la complejidad para la mente moderna de los conceptos y del aparato teórico que sustentan las doctrinas vertidas y hace que se valore más el esfuerzo de traducirlo. Para otro tipo de estudios, análisis o consultas puntuales son muy útiles los distintos índices que se ofrecen. Primero el que se presenta (pp. 469-495) como un índice selectivo de terminología médica, en un sentido amplio. De este primer índice se excluyen los ingredientes medicinales que son los que forman el «Glosario de fármacos e ingredientes medicinales» (pp. 454-466), donde, además de la traducción y la localización en el texto del término en cuestión, incorpora una mínima descripción de sus virtudes y usos médicos avalados por otras fuentes, distintas del tratado editado. Cierra el volumen una bibliografía estructurada en partes que se nos antojan asociadas a las necesidades de la investigación que un trabajo como el que presentamos exige.

En suma, nos encontramos ante la primera edición crítica y también ante la primera traducción al castellano moderno de un significativo texto médico medieval obra de un destacado médico de su tiempo. Ambas circunstancias y sus dificultades, también sus aciertos y, por qué no, sus posibles desaciertos, son suficientes para acoger con gusto y valorar positivamente este amplio trabajo.

Universidad de Valladolid

M.^a Jesús PÉREZ IBÁÑEZ
mariaje@fyl.uva.es

TERESA JIMÉNEZ CALVENTE, *Un siciliano en la España de los Reyes Católicos. Los Epistularum familiarium libri XVII de Lucio Marineo Sículo*, Ensayos y documentos, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alcalá de Henares, Alcalá de Henares 2001, 873 pp. ISBN: 84-8138-464-X.

Hace ya algunos años que he dedicado mi atención a esa creación literaria de época renacentista que llegó a ser uno de los géneros más peculiares dentro de la producción a que dio lugar el movimiento humanista, en el que los hombres del siglo XV encontraron el mejor medio y la modalidad impresiva apropiada para plasmar las necesidades que sentían de expansión de su intimidad. El género epistolar tuvo una gran acogida porque el tono improvisado e intimista que utilizaba permitía una variedad de contenidos que no era posible en otro tipo de literatura. Por otro lado, la intención de informar al ausente y la relevancia social de los corresponsales, convierten las cartas de los humanistas en documentos interesantes para la historiografía¹.

En un grueso volumen de 873 páginas la Dra. Jiménez Calvente nos ofrece la primera edición moderna, después de la antológica de Verrua de 1940, de los *Epistularum fa-*

¹ Cf., por ejemplo, MATILDE CONDE SALAZAR, «La literatura epistolar como fuente historiográfica», *Actas del Congreso Internacional sobre Humanismo y Renacimiento, 4-8 de junio de 1996*, coordinador M. Pérez González, Universidad de León, Secretariado de Publicaciones, 1998, pp. 255-262.